

BILLAR

El señor de los juegos

FUE UN JUEGO DE SEÑORES HASTA QUE DEVINO EN EL SEÑOR DE LOS JUEGOS. Y ES QUE UNA CARAMBOLA ES MATEMÁTICA, PERO TAMBIÉN PURA MAGIA. UNA MAGIA QUE NO SABE DE ALCURNIAS.

| TEXTO ALICIA ARRANZ FOTOGRAFÍA JUAN SERRANO CORBELLA |



Al lado, de izquierda a derecha, Frank Sinatra, Dean Martin, Peter Lawford y Sammy Davis Jr. jugando al billar en 1960. Abajo, Sofía Loren en 1954, durante una visita a la base militar norteamericana de Leghorn (Italia), y Sean Connery, fotografiado en 1962 en Londres.



Una partida de billar de carambola, popularmente conocido como francés, se envuelve en un ritual exquisito. Aunque corran el riesgo de diluirse en un ambiente distendido y amistoso, hay ciertos códigos de conducta que acompañan a los buenos jugadores y que éstos respetan y hacen respetar. Para empezar, en una partida de billar, los relojes pierden importancia y quedan a disposición del tránsito de las bolas, relegados al menos hasta que haya un vencedor. Así, sin prisas, antes de empezar, cada jugador se toma todo el tiempo que sea necesario hasta considerarse perfectamente preparado. Saboreando paso por paso cada momento, lo primero es dedicar largos segundos a escudriñar la sala. Las miradas enseguida se fijan en la mesa; los jugadores se aproximan a ella, la revisan,

la mesa. Ya relucen el amarillo, el blanco y el rojo sobre el verde brillante. Ya están listos para empezar a pintar el cuadro de la partida. Ahora, el jugador intentará despertar la admiración de su contrincante con las carambolas que sea capaz de plasmar sobre la mesa, sirviéndose del choque de las bolas entre sí y de éstas con las bandas y, además, las dejará en la posición más complicada posible para el adversario. Una vez que empieza la partida son los tacos y las bolas quienes acaparan toda la atención y las que dirigirán el rumbo de las conversaciones. A partir de entonces, los jugadores ya no se miran, se examinan.

Aficionados insignes

Si hay un juego en el que todos los detalles, por nimios que sean, tienen su importancia, éste es el billar. Es un juego sujeto a una serie de rígidas reglas que han ido cambiando según han evolucionado su historia y sus contextos. Al parecer, los antecedentes del billar tal y como lo conocemos hoy en día, hay que buscarlos en las antiguas civilizaciones de Egipto y Grecia, aunque por aquel entonces se jugaba sobre el suelo y el entretenimiento consistía en hacer que unas bolas chocasen con otras impulsadas por unos toscos cayados hasta hacerlas caer en los agujeros dispuestos para tal fin. Durante la Edad Media se desarrolló un juego parecido en Inglaterra e Irlanda, pero no fue hasta el siglo xv, bajo el reinado de Luis XI, gran amante del billar, cuando en Francia se conoció una mesa delimitada por bandas como mueble fijo. Un siglo después, la mesa se cubrió con un

UNA VEZ EMPIEZA LA PARTIDA, TACOS Y BOLAS ACAPARAN TODA LA ATENCIÓN. A PARTIR DE ENTONCES, LOS JUGADORES YA NO SE MIRAN, SE EXAMINAN



acarician suavemente el tapete y se hacen a un lado para armar su taco en silencio. Con deleite comprueban las condiciones de la suela de cuero que envuelve el extremo del taco y la impregnan del recio y antideslizante polvo de la tiza azul. Los más puristas se enfundan un guante especial que cubre los dedos índice, corazón y pulgar para que el taco fluya con mayor suavidad y precisión.

Las cuatro bandas enmarcan las tres bolas, perfectamente colocadas sobre el paño de



Una forma ilustrada de relajación

EL SILENCIO, LA PENUMBRA QUE CIRCUNDA LA MESA, LA LUZ VIVA QUE CAE SOBRE EL TAPETE, EL RITMO PAUSADO DE LA ALTERNANCIA ENTRE JUGADORES, LA NOBLEZA DE LOS MATERIALES... TODO CONTRIBUYE A PONER EN VALOR ESTE JUEGO.

TEXTO ENRIQUE MURILLO

'Let's to billiards', (juguemos al billar) dice la Cleopatra de Shakespeare en 1609. Lo cual significa que en Inglaterra y Escocia el billar era ya un juego conocido por las familias reales, aunque probablemente la Cleopatra de verdad jamás desafió a Marco Antonio a jugar una partida a tres bandas, más allá de la que metafóricamente jugaron ellos dos con Julio César. También jugaban al billar en la corte francesa, donde Pascal menciona el juego en sus 'Pensées'. Probablemente se trataba de un juego parecido al croquet, pero a alguien se le ocurrió que jugando en mesa dolián menos los riñones, y ahí hizo fortuna uno de los juegos más fascinantes de la historia. Durante el siglo XVIII, el juego se generalizó entre los aristócratas franceses. Chardín padre fabricaba mesas de billar, y su hijo Jean-Baptiste, antes de convertirse en el pintor preferido de los pudientes, hizo un óleo en el que anunciaba la fábrica de su progenitor. Eso era en torno a 1720, pero la revolución de la técnica llegó tras la revolución burguesa. Fue un suboficial del rey, encarcelado, quien dedicó las horas de ocio carcelarias a perfeccionar su técnica de jugador e inventó el 'efecto'. Se le ocurrió ponerle una funda de cuero a la punta del taco, y comprobó que una esfera admitía golpes precisos en los más diversos puntos de su superficie. La evolución continuó durante todo el siglo XX con la incorporación de las bandas de caucho y con el descubrimiento del celuloide y, todavía más recientemente, con el uso del fenol como el material que podía sustituir, incluso con grandes ventajas, al viejo y prohibido marfil. En mi adolescencia tuve ocasión de vivir un capítulo menos notorio de la historia de este juego. Era 'la época de la pérgola y el tenis', en la famosa expresión de Jaime Gil de Biedma. Era también la del billar. En la aldea donde yo veraneaba sólo tenían billar privado los Monteys, una familia de alcurnia que poseía una bellísima casa colonial rodeada

de enormes jardines. En una de las frescas salas de la planta baja, a la que tuve el honor de ser invitado, se podía jugar una partida a dos o tres bandas. Las bolas eran de marfil auténtico, los tacos de madera noble, y la mesa perfecta. Dos lámparas metálicas colgaban del techo sobre el fieltro verde, y en el ambiente casi religioso podías oír las bolas deslizarse, tocar la banda con un suave flop, e ir a encontrarse en el clac seco y limpio de una carambola perfecta. Eran los años cincuenta, y muy pocos años después se estrenó 'El buscavidas', la gran película protagonizada por Paul Newman y dirigida por Robert Rossen. Es tal vez la más grande tragedia americana que produjera Hollywood, y la narración se centra en torno a la caída de un jugador. 'Pool' significaba apuesta, pero acabó siendo la que fue apuesta por antonomasia de cierto submundo, la que hacen los jugadores del billar americano. Los ingleses han seguido jugando con 3 bolas y seis bolsas, desde hace siglos. Los norteamericanos usan 22 en el clásico 'pool'. Fue tal la fascinación ejercida por la película, que a partir de entonces el billar vivió su máxima expansión en Norteamérica. ¿Quizás porque todo norteamericano en realidad quiere ser un perdedor, el héroe, no de un sueño de victoria, sino el de una derrota sin paliativos, como la de Newman en esa película? Para los europeos, el billar francés sigue siendo un juego señor, que cada vez se está recuperando más. El silencio marcado por los suaves sonidos de las bolas; la penumbra que circunda la mesa en contraste con la luz viva que cae sobre el tapete; el ritmo pausado de la alternancia entre jugadores; el hecho de que la mujer pueda jugar de nuevo como lo hizo en el siglo XVIII, la nobleza de los materiales... todo contribuye a recuperar un juego en el que la concentración de quien tira, y la charla entre susurros de quienes esperan turno, invitan a convertirlo en una forma ilustrada de relajación.

FOTOGRAFÍA: BETTMANN/CORBIS Y CHRIS WARE/GETTY IMAGES



pañó verde, una reminiscencia de la hierba sobre la que se jugaba tiempo atrás. Muy pronto, reyes y nobles se sintieron atraídos por este extraño juego de infinitas posibilidades en el que se mezclan el rigor de las matemáticas y las leyes físicas con el azar. Igual que con el arte de la esgrima o la caza, la realeza se hacía instruir por los mejores jugadores del momento hasta alcanzar un buen nivel con el que impresionar a otros monarcas o a sus cortesanos. Con las bolas de marfil de aquella época, fácilmente deformables, por ser materia viva, y sin haber incorporado la tiza al juego, conseguir efectos y carambolas era una tarea harto complicada.

A lo largo del siglo XIX se introdujeron diversas novedades y adelantos, y el billar evolucionó rápidamente en muchos aspectos. Por ejemplo, para el lecho de la mesa se substituyó el mármol por la pizarra, confiriéndole una mayor estabilidad; las bandas se empezaron a fabricar con caucho de la India, favoreciendo

la dinámica de las trayectorias, y las bolas con una solución compuesta de alcanfor, alcohol y celuloide para hacerlas más consistentes. Aparece entonces la variedad del billar “pool” o americano, que se juega con 15 bolas numeradas de distintos colores y una bola blanca del mismo tamaño. Aunque hay varios, el modo más popular de juego es el “pool” bola 8, en el que gana el jugador que primero introduzca la serie de sus siete bolas, más la negra, en la tronera que elija de las seis con que cuenta la mesa. Existen algunas variantes más del billar, como el “snooper”, un juego de origen inglés que nació en un destacamento militar en la India y que requiere altas dosis de estrategia. Se juega en una mesa más grande que la del billar francés o americano, con 21 bolas de las que 15 son rojas y las otras seis de diversos colores. La mecánica del juego consiste en colar una bola roja y a continuación una bola de color; las bolas rojas se quedan en la tronera y las de color vuelven a ser colocadas de nuevo sobre la mesa en su lugar correspondiente. Actualmente este es el tipo billar más extendido en el ámbito profesional, puesto que también es el que consigue más esponsors. El “chapó” es otra variante para el que la mesa debe tener sólo cuatro troneras. Se juega con cinco palillos tronco-cónicos que se colocan en el centro de la mesa. El jugador que logre tumbarlos de una tacada gana la partida de esta modalidad, ya en desuso, y que sólo se juega muy de vez en cuando en antiguos casinos.

Los años de oro

Durante el siglo XIX es también cuando el billar se populariza en España; se abre la primera sala pública en Barcelona y los reyes incluyen este juego entre sus aficiones favoritas. Muestra de ello es la deliciosa sala de billar que se conserva en la Casita del Labrador del Palacio Real de Aranjuez, con una mesa de estilo neoclásico de transición en la que Fernando VII solía pasar largos ratos intentando hacer carambolas con los miembros de su corte. Años más tarde, su nieto Alfonso XII heredó su afición al billar francés y mandó construir una soberbia sala en el Palacio Real, acorde con sus refinados gustos ingleses. Al mismo tiempo, el billar de

EN EL SIGLO XIX EL BILLAR SE POPULARIZA EN ESPAÑA, SE ABRE LA PRIMERA SALA PÚBLICA EN BARCELONA Y LOS REYES INCLUYEN EL JUEGO ENTRE SUS AFICIONES



la dinámica de las trayectorias, y las bolas con una solución compuesta de alcanfor, alcohol y celuloide para hacerlas más consistentes. Aparece entonces la variedad del billar “pool” o americano, que se juega con 15 bolas numeradas de distintos colores y una bola blanca del mismo tamaño. Aunque hay varios, el modo más popular de juego es el “pool” bola 8, en el que gana el jugador que primero introduzca la serie de sus siete bolas, más la negra, en la tronera que elija de las seis con que cuenta la

La mesa de billar que Alfonso XII hizo construir para el Palacio Real de Madrid. En la página anterior, billar americano en la Muckross House (sur de Irlanda), accesorios para el chapó y, abajo, la mesa de la Casita del Labrador, en Aranjuez.



FOTOGRAFÍA: HARRY GRUYAERT/MAGNUM

carambola llegó a los Estados Unidos, donde se convirtió en el juego de moda de la alta sociedad y se organizaban grandes partidas, sobre todo en las mansiones de Nueva Orleans y Saint Louis. Mientras tanto, los ingleses y los holandeses introdujeron la versión “pool” en sectores menos elitistas.

Los primeros años del siglo xx fueron los de los torneos y las primeras figuras, como el estadounidense Willie Hoppe, que era capaz de conseguir hasta 25 carambolas a tres bandas de una sola tacada, o los argentinos hermanos Navarra, especializados en el billar de fantasía, que tanta admiración despertaba en la época. El mayor virtuoso del billar “pool” fue el americano Willie Mosconi, quien podía encestar 526 bolas de tacada en apenas dos horas. Además de los jugadores que han forjado su propia leyenda, entre los aficionados al billar se encuentran personajes históricos o contemporáneos de ámbitos tan diversos como la política, el cine, la literatura o la música, como Mozart, Napoleón, George Washington, George Pompidou, Brigitte Bardot o Alain Delon.

Elegante y sutil, el billar de carambola nunca ha llegado a ser tan popular como el pool, que tantas veces ha servido de fondo a las tramas de algunas obras maestras del cine como *El buscavidas* del director Robert Rossen, con un Paul Newman bordando su papel de jugador de bajos fondos. La razón quizá sea que el

Alta precisión

Una buena mesa de billar requiere de exactitud y perfección en su proceso de fabricación. Las de competición para billar de carambola miden 1'425 x 2'850 m. y tienen una altura de 78 a 80 centímetros. Las dimensiones de las mesas de “pool” son un poco menores. En ambos casos, la estructura básica (normalmente de madera maciza de roble americano) ha de ser muy consistente, pues debe soportar los aproximadamente 900 kilos que pesan las tres planchas de pizarra de grano fino, cada una de unos cinco centímetros de grosor. Debajo se instala una resistencia eléctrica regulada por un termostato que mantiene una temperatura constante de entre 30 y 33° C para que las bolas rueden siempre en las mismas condiciones. La pizarra y la goma de las bandas se recubren con un tapete de paño o de lana peinada, por lo general verde aunque a veces también azul. El fabricante más importante del mundo es el legendario Brunswick, que lleva produciendo mesas de billar en Estados Unidos desde 1845. Sus creaciones más exclusivas pueden llegar a costar hasta 14.000 euros.

Más información: www.exhibiciondebillar.com y www.brunswickbilliards.com

billar de carambola es mucho más complicado y exige más disciplina, de ahí su espectacularidad. Tan vivo y tan ágil como la carambola que se persigue pero a la vez tan meditado como la trayectoria que el jugador dibuja en su cabeza, para los expertos, el billar de carambola tiene que ver más con una técnica depurada que con la casualidad, independientemente de la especialidad en la que se juegue (libre, al cuadro, a la banda, a tres bandas y artístico).

El balanceo preciso del taco ante la inminencia de una jugada, el golpe seco, una serie de choques fugaces y las bolas rodando sigilosas hasta detenerse esperando un nuevo golpe. En la esencia de cada jugada reside la magia del billar, que lleva siglos cautivando a los aficionados en todo el mundo. Y aún en la actual era de la velocidad y las prisas le queda larga vida al juego, en el que siempre quedará una sublime y efímera carambola que inventar. ❶



En la fotografía superior, la sala de billar del café del Ópera House, en Amberes (Bélgica). Sobre estas líneas, un momento del proceso de fabricación de una mesa de billar en 'Billares del Río' (Madrid).